

# El encantamiento

## Unica Zürn

*El trapecio del destino y otros cuentos.*  
Madrid, Siruela, 2004.



Hans Bellmer,  
*Unica Zürn and La Poupée.*

“ La primera luz del amanecer entraba en el taller de sastrería por las ventanas sin cortinas. Los maniqués parecían negros bultos sin forma.

La señorita Milli se sorprendió al encontrarse echada en el sofá sin el vestido. Al ir a extender la mano hacia la prenda, se asustó: no tenía brazos.

Cuando la señorita Milli se miró los hombros y vio luego las negras siluetas de los maniqués, sintió un hondo desconsuelo: estaba como ellos. Lentamente, a medida que crecía la luz, iban perfilándose las siluetas de los maniqués.

Pecho abombado, espalda erguida, caderas firmes y bien torneadas descansando sobre el pie.

—Ya se ha dado cuenta —susurró el maniquí más grande, al que se probaban los fracs y las americanas.

—Mira, está asustada —dijo otro.

—No te desespere —la animó un tercero.

—No te aflijas. ¡Nosotros estamos contigo!

La señorita Milli escuchaba las voces tenues y amigas que sonaban en el taller y que salían de los maniqués.

Tenía frío. Le temblaban los hombros. Se quedó echada en el sofá, muy quieta, mirándose.

—Lo sentimos mucho —dijo el maniquí más grande—. Menos mal que le ha dejado cabeza. La señorita Milli callaba; todo le parecía borroso, confuso.

—Ahora que usted se parece a nosotros —empezó el maniquí grande, con voz aún más dulce y compasiva—, a pesar de que aún conserva la cabeza, ¿permite que le expliquemos lo ocurrido?

La voz esperaba. Entonces, en el interior de un maniquí empezó a sonar el leve tarareo de una tierna alborada. El cantor se balanceaba suavemente, y la dulce y lenta melodía sonaba como un suspiro. ¿Así que todos aquellos maniqués, inmóviles y oscuros, que la señorita Milli conocía desde hacía años, tenían vida? ¿Estaban vivos, y ella no lo había notado hasta ahora, cuando compartía su suerte? La señorita Milli se levantó, fue a la ventana y miró afuera. Sin volverse, preguntó:

—¿Ha sido el oficial? —Ah, ya se acuerda —dijo el maniquí más grande—. Sí; ha sido él, el canalla más bestial que hemos visto en nuestra vida, ese gordo pelirrojo.

—¿Qué me ha hecho? —a la señorita Milli le temblaba un poco la voz.

—Ayer el maestro sastre le dijo que se quedara a trabajar hasta más tarde —le recordaron los maniqués.

Ella asintió.

—Sí. Tenía que coser la cola del vestido azul de madame Soré.

—Ya se habían ido todos —prosiguió el maniquí más grande—. Usted estaba sola, cosiendo. Cantaba una canción para distraerse. Entonces el oficial volvió.

—Fue uno de los más viles atropellos que hemos presenciado —terció en la conversación otro maniquí—. Se le acercó por detrás, la agarró por los brazos, la lanzó en ese sofá y...

—¿Y...? —preguntó la señorita Milli.

—¡Usted se defendió! Lo arañó bien. Y me parece que hasta le mordió en una oreja. Usted peleó, señorita Milli, peleó como una heroína, pero...

—¿Pero? —jadeó la señorita Milli.

—Él es muy fuerte, ¿comprende?, no había esperanza, nosotros nos volvimos hacia la pared, temblando de vergüenza, por no poder hacer nada.

—Pero mis brazos... —sollozó la señorita Milli con súbita desesperación—. ¿Qué ha sido de mis brazos?

—Él no consiguió nada, señorita Milli —dijo el maniquí grande con suavidad—. Usted conservó la cabeza, él luchaba y al fin dijo...

—¿Qué dijo? ¿Qué dijo, por Dios?

—Dijo —prosiguió el maniquí con voz dolorida—, dijo: “¡Pues serás como uno de éstos!”. Y nos señalaba a nosotros. “¡Sin brazos, sin piernas y sin... cara!”.

La señorita Milli se volvió lentamente.

—Sin... cara —susurró. El maniquí grande, turbado, frotó el suelo con su pata de madera.

—Sí —murmuró—. Él...

—¿Qué? ¡Habla, por lo que más quieras!

Del cuerpo de los maniqués salía un llanto suave que partía el corazón.

—Nos da usted mucha pena —decían entre suspiros.

—Le ha borrado la cara —murmuró el maniquí masculino—. Ya no tiene cara.

Lentamente, la señorita Milli se apartó de la ventana y fue hacia los maniqués. La piel sonrosada de la mujer hacía un bello contraste con aquellos cuerpos negros. Al fin dijo:

—¿Entonces soy una de vosotros?

—Es un gran honor —dijo el maniquí masculino y, con movimientos rígidos, trató de hacer una reverencia.

—Siempre será la más hermosa. Aún tiene su pelo, su pelo suave de mujer. Y el contorno de su cara es bello y armonioso. Ah señorita Milli, es usted el maniquí más bonito que hemos visto en nuestra vida.

Las mejillas de la señorita Milli se ahuecaron en una sonrisa.

—Me quedaré entre vosotros.

—¡Oh, qué alegría, señorita Milli! —exclamaron los maniqués—. Haremos todo lo que podamos para que sea feliz”.

*“El encantamiento”, en El trapecio del destino y otros cuentos, de Unica Zürn*